

*Diario Pueblo*

*Humor y humoristas*

Miguel Espinosa

(Finales de los 40)

Nuestro célebre novelista Wenceslao Fernández-Flórez se quejaba en cierta ocasión, hablando conmigo, de la falsa opinión general hecha tópico de que el humorista es un hombre amargado que sonríe porque no puede amar. Podía muy bien nuestro escritor sentirse realmente incomprendido por un público que, al cabo de estar riendo con él varios lustros, viene a decirle que en el humor no hay otra cosa que amargura, como si en verdad el corazón amargado fuese capaz de guardar la inocencia necesaria para sonreír ante la vida con amor de perdón y de gozo.

En el humorista, que no es el payaso, no hay ciertamente ninguna clase de amargura, ni siquiera de queja sino de amor y comprensión. Él mira el mundo, el paso incierto y egoísta de los hombrecillos, las pasioncillas, los ideales y sonríe; pero sonríe casi con lágrimas en los ojos. Seguramente nadie debe amar tanto a sus personajes como el escritor humorista pues es también quien más ama el mundo, aunque no sea con amor de deseo. El humorista es, en el fondo, un fracasado de la vida, en el sentido de que no se encuentra encajado en ella como la mayoría de los hombres. Pero por eso mismo la comprende más y la mira mejor.

En la cadena sin fin de los seres que viven y pasan, el humorista aparece como un rebelde y el humor como el arma necesaria para perpetuar su rebeldía contra el viejo lema de “*primum vivere, deinde filosofare*”. Precisamente porque ha fracasado ante la vida, convierte el humorista el vivir en tema perenne de meditación. A nadie se le puede ocurrir, si busca la tranquilidad, poner en tela de juicio la jerarquía de los sentimientos y de los valores ya establecidos; al humorista sí: los trastrueca y abandona al aire una interrogación suspensa. Porque él es eso: el hombre que plantea nuevas situaciones, jugando con la vida y con sus muñecos y deja que las resuelva la sonrisa amable y buena del que mueve la cabeza sin prisa ni escándalo, y dice, pensando en los humanos: Esta gente. ¡Qué gente!

Para los locos del gran teatro del mundo, vivir es soñar, dormir, morir o reír; para el humorista, vivir es una incógnita sin respuesta. Él no comprende que pueda haber gente que se preocupe de la astronomía o de la historia de la música, estando candente ante nuestros ojos el terrible y gran problema: el significado de la vida. Ahí está Don Quijote soñando, y Sancho soñando y Cervantes, amable sonriente: ¿Pero qué soñáis hijos míos? ¿Cómo vais por esos caminos soñando sueños que no son el sueño de la vida?

Primum filosofare, deinde subsidere. Primero filosofar, después sonreír; he aquí el lema cierto del humor. Y filosofar precisamente sobre la vida, que es filosofar sobre todas las filosofías. Y sonreírse no por despecho, sino por amor a la sonrisa. Este es el verdadero humor que no se encuentra en las palabras de chanza ni en las expresiones malévolas, sino en la postura del que habla o escribe. Lo demás es tema burdo, payasería del que quiere hacer reír.

Fuera del humorista están los hombres que se preocupan de mil cuestiones, la avalancha de los que, puestos los ojos en diferentes ideales, lucha, lloran y ríen. Cada loco con su tema y cada mochuelo a su olivo. Todos soñadores más o menos aventajados; solo el humorista sueña sobre los sueños que la Humanidad sueña. Por eso ha de dividir el mundo en dos bandos: los que viven y los que sonríen. Sonreír no es vivir, sino renunciar. El humorista es, por naturaleza, un asceta, que no halla en la vida seriedad que merezca la pena. Del corazón le sale el menosprecio hacia la vanidad de lo pasajero, que para la mayoría de los pobres dementes que son los hombres constituye motivo principal de sesudez.

En este aspecto, el humor es algo eminentemente cristiano y occidental producto maduro de una doctrina que comenzó diciendo: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? No hay humor pagano, como no hay humor socialista, sino sesudez y seriedad socialista, ironía y mofa tal vez.

Dulzura y humor van siempre unidos. El humor europeo nace en el “cuatrocientos”, al mismo tiempo que las literaturas nacionales, preñadas suavemente de sonrisillas graciosas que ya están previstas en la fina e inocente guasa de los frailucos que rodean las vírgenes y los niños de la pintura de entonces. Luego da el gracejo a los siglos de oro nacionales, se plasma en algunos escritores erasmistas y definitivamente queda hecho carne en Cervantes. Quevedo no es humorista, sino sarcástico, doloroso y amargado.

El humorista no es gracioso ni tampoco irónico. La ironía es cerebral, y el humor, sentimental; el que ironiza hace dialéctica, se carcajea de esto y de aquello, pone en ridículo a lo de más allá. Para eso basta la inteligencia y el ingenio; para hacer humor, sin embargo, es necesario también un corazón generoso y bueno.

Cada cual podrá pensar lo que quiera; pero para mí no hay postura más noble que la de estos hombres que nos van arrancando sonrisillas amables, ante las que todo se iguala y todo aparece pequeño y sin importancia.